

## JAIMÉ BORT MILIÀ

Durante las últimas décadas del siglo XVII y los dos primeros tercios del XVIII, Murcia se ha erigido en un notable centro artístico, al que concurren artífices extraños a la Ciudad, para completar la necesidad que no eran suficientes a cubrir los muchos—buenos, medianos y malos, que de todo había en esta parcela de la viña del Señor—que vieron la luz en la cálida capital.

Templos y palacios elevan sus muros de piedra dorada y porosa, mientras arquitectos y escultores cantan con sus cincelos un repiqueteo febril e insistente en todas las calles de la urbe que se reforma. Han caído los vestigios medievales de Murcia; otros se han convertido en utilitario objeto, despreciado su valor de recordación, y, en fin, una fisonomía barroca, geométrica y complicada, sonrío en las plazuelas o se oculta medrosa en las estrechas vías. Regidores y capitulares; clérigos y soldados, rivalizan en contratar a los mejores maestros que la fama ha consagrado o las cartas recomiendan como hábiles; en definitiva, la cabeza del valle del Segura se remoja alegremente, esponjándose de monumentos entre el cercano y sutil hilo de aromas que penetra desde las vegas circundantes...

Un sobrino del Obispo-Cardenal Belluga recomien-

